

Cuando Buda era flaco y Neruda también

José miguel varas

a los 23 años de edad, un joven provinciano chileno llamado Ricardo Nefral Reyes Buscadio se enteró de que Buda, cuyas imágenes opulentas lo rodeaban por todas partes, había sido no sólo flaco, sino esquelético durante un período de su vida. Esta suceso en 1928, cuando Reyes —conocido más tarde como Pablo Neruda— llevaba pocos meses viviendo en calidad de Cónsul de Chile de tercera clase en la capital de Birmania, Rangoon.

Aquel Buda flumoso lo conmovió de tal manera que le mandó a su amigo argentino Héctor Eandi, con quien se cartaba, una fotografía de la imagen en la que aparece reducido a los huesos y el pellejo. (Véase la foto, reproducida del libro de Margarita Aguirre sobre la correspondencia Neruda-Eandi).

También Neruda fue flaco (véase la otra foto) y vivió privaciones en sus años aulicos. No tan extremas, claro, como aquellas a que se sometió Buda por propia decisión antes de ser Buda. "Un Cónsul con hambre no se esquila. Entre gente vestida de etiqueta no se puede pedir: un sandwich, por favor, que me desmaye... Yo sí fui un Cónsul perdido en sus pobreza", escribió Neruda en su "Para nacer he nacido".

Todo esto lo trae a la memoria el espléndido libro de Edmundo Olivares "Pablo Neruda: los caminos de muerte" (JGM, 2000), que reconstruye los años del exilio consular del poeta (1927-1933).

Cuando Neruda llegó a Rangoon, su cargo de Cónsul estaba vacante desde hacía largo tiempo. Nadie lo recibió. Físicamente, el consulado no existía. Por largo tiempo el suelo tampoco existió. Por suerte, viajaba con su amigo Álvaro Huacaya, ágil y desenvuelto, capaz de idear expedientes para obtener recursos de la nada.

En los primeros tiempos los dos chilenos en Rangoon dormían hoy aquí, mañana allí; pernoctaban en viviendas albergue o pensiones, pasaban la noche en lupares sin nombre, al amparo de los templos budistas, en prostíbulos y fumareros de opio, nos informa Olivares.

Toda esta picanteza oriental con las pelegrinas consulescas y los amores del poeta y su amigo, en medio de los ambientes exóticos, las soporíferas, los difuntos quemados, los arenas, los bederos y la crueldad del Asia colonial, componen un mundo literario fascinante del cual podrían extraerse una o varias novelas y otras tantas películas. (Dato para cinéfilos nacionales: seccionados de guiones). El arte excepcional del autor del libro que nos transporta a esos lu-

gares y a esa época, es haber sabido transmitir ese clima novelesco, sin sacrificar el rigor de la reconstrucción biográfica e histórica.

Aun más: Olivares nos hace compartir los sentimientos y las zozobras más íntimas, las inseguridades humanas, sociales y literarias del protagonista a través de una especie de seísmo del propio Neruda, que se desarrolla en su prosa y otros escritos, no de manera continuada, sino con interrupciones y saltos, en muy diversos momentos de su vida y de su obra. Hay una notable la de este estado de modesta casi patológica: producir este cuerpo insensitivo, un documento autobiográfico, entrelazando poemas y fragmentos de poemas de *Residencia en la Tierra*, *Memorial de Isla Negra*, *Extravagario*, *Los versos del capitán*, incluso de *El hombre estropeado*, con párrafos de cartas y de artículos periodísticos.

A los especialistas les interesarán, sin duda, las reflexiones, las dudas y los múltiples esfuerzos del poeta por completar y publicar su obra "*Residencia en la Tierra*", para muchos el momento más alto de su creación. A los demás, y también a ellos, supongo, les atraerá sobre todo la figura de José Bata, a quien Neruda llamó alguna vez "la pastera bismar" y a quien dedicó uno de sus más espléndidos poemas, "*El tango del viado*".

Oh malicia, ya habrás bañado la cara, ya habrás florido de furia, / y habrás insultado al recuerdo de mi madre! llamándola perra podrida y madre de perros... / Enterrado junto al cocotero hallaría más tarde el cuchillo que escondí allí por temor de que me matara...

Edmundo Olivares registra, citando a Neruda, el retorno de José Bata, su llegada a la casa del poeta en Colombo y la despedida a bordo del barco que lo llevaría definitivamente a Rangoon: "Cuando el barco estaba por salir y yo debía abandonarlo, se desprendió de sus acompañantes y, besándome en un arrebato de dolor y amor, me llevó la cara de lágrimas. Como en un rito me besaba los brazos, el traje y, de pronto, bajó hasta mis zapatos sin que yo pudiera evitarlo. Cuando se alzó de nuevo, su rostro estaba ensartado con la líza de mis zapatos blancos. No podía pedirle que deshiciera del viaje, que abandonara conmigo el barco que se le llevaba para siempre. La tarde me lo impedía, pero mi consuelo adquirió allí su cicatriz que no se ha borrado. Aquel dolor subterráneo, aquellas lágrimas terribles rodando sobre el rostro ensartado, conchas en mi memoria".

Y es la nuestra, como la perfecta imagen final de la película de José Bata que probablemente nunca veremos.



Cuando Buda era flaco y Neruda también [artículo] José Miguel Varas

Libros y documentos

AUTORÍA

Varas, José Miguel, 1928-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando Buda era flaco y Neruda también [artículo] José Miguel Varas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile